



El Triunfo de Berta de Schwartz

Una historia verídica que sucedió en Alemania Oriental, Comunista.

Doña Berta de Schwartz sabía bien que la policía la buscaba. Estaba vigilando toda la zona Oriental de Alemania, y especialmente a los cristianos. Cada toque de la puerta le hacía preguntarse, “¿Ya me toca?”

Doña Berta se gozaba mucho en los servicios secretos con el grupito de adoradores, pero siempre estaba atormentada por el temor de ser descubierta. En el camino hacia su casa, cada sombra en la calle solitaria le hacía temblar. ¿Cuál fue aquel ruido? ¿Serán pasos de la policía?” se preguntaba. Cuidadosamente miraba a cada sombra. Pero tal vez solamente se estaba imaginado.

Una tarde mientras que ponía la cena sencilla de papas y pescado en la mesa, sonó la puerta fuerte y groseramente; era aquel toque temido. La familia aterrada voltio a ver la puerta pero antes de que doña Berta tuvo oportunidad de abrirla, dos soldados rusos, comunistas la forzaron. “Tienes que presentarte inmediatamente al cuartel,” le gritaron.

No se atrevía a preguntar: “¿Porqué? ¿Qué he hecho?” En vez de hacer eso, ella oró: “O, Dios ayúdame a guardar el secreto.”

Poco tiempo después, silenciosamente la mujer de edad mediana se paraba delante de los oficiales comunistas.

“Tú has sido desleal al gobierno; tú y la banda de tus amigos. Danos sus nombres y direcciones; entonces podrás salir libre.”

“Pero, yo no he sido desleal, Señor,” respondió valientemente. “Tampoco mis hermanos y hermanas en Cristo. Solamente hemos estado adorando a Dios en la forma que nos parece correcta.”

“No es asunto de lo que tú crees ser correcto, sino lo que nosotros te decimos es correcto,” le gritó. “No te hemos llamado para que discutas las cosas con nosotros. Sabemos que eres culpable; y tú sabes cuál es la pena. Danos los nombres y tú saldrás libre.”

“No traicionaré a mis amigos a precio de mi libertad,” ella contestó con firmeza.

Después de una hora de preguntas, amenazas, lisonjas, y falsas promesas, Berta, aunque cansada y conmovida, permanecía fiel.

“¿Pues tú crees que puedes resistir al gobierno comunista?” el desesperado oficial exclamó. “Muy bien,” dijo llamando a sus guardias. “Denle el tratamiento de agua.”

Sabiendo que era completamente inútil resistir, Berta se dejó llevar y meterse en el tanque que llegaba a sus hombros. Después que la guardia se había retirado, se fijó que el nivel de agua subía lentamente.

“¿Me van a ahogar?” se preguntó poniéndose a puntapiés. “Pronto el agua me llegará a la nariz.”

En ese momento se le quitó el agua. Una media hora después, exhausta, bajó sus pies buscando una posición más cómoda pero el agua entró en su nariz y a la fuerza tuvo que ponerse de puntapiés de nuevo.

Doce largas horas de tormento pasaron. “Señor”, Berta oró, “¿Sigo luchando o puedo dar mi vida por tu causa y por el amor de mis hermanos cuyos nombres no voy a dar?”

Casi con la claridad como si fueran dichas por otra persona, se acordó de las palabras de Isaías 43:2 *“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán.”*

Sostenida por Dios mismo, se quedó de puntapiés en las aguas heladas. Veinticuatro horas después el guardia regresó.

“Tal vez ahora tendrás voluntad de hablar,” dijo el guardia sacándola del tanque y empujándola de nuevo en las oficinas del cuartel.

“Danos los nombres, y te dejaremos salir libre,” dijo el esperanzado oficial.

Berta levantó la cabeza, miró directamente a los ojos de su verdugo y le dijo quietamente: “Estoy lista a morir por mis hermanos.”

Enfurecido, el oficial gritó: “La muerte sería demasiado suave. Vamos a probar otra cosa” y volteándose bruscamente, ordenó a un guardia: “Llévala al cuartel.”

Berta se estremecía cuando el guardia la echó en el cuartel donde se encontraban más o menos cien soldados.

“O, Señor,” ella gemía. “¡Eso si que no! Por el momento su fe vació. “Sería posible que Dios permitiría eso...?” Rechazó las dudas que inundaban su mente atormentada. “Señor, en ti confío.”

De repente el Espíritu de Dios descendió sobre ella y le llenó con gozo. Comenzó a cantar y alabar a Dios. Al principio el guardia estaba completamente maravillado. Entonces levantó el hombro y se retiró diciendo, “se ha enloquecido.”

La mañana siguiente cuando el mismo guardia se acercó al cuartel, uno de los soldados se le acercó con una cara bastante rara. “¡Ninguno la pudo tocar!” dijo él con una voz de admiración. “Algún poder extraño les prohibía. Ella nos dijo que era su Dios.”

Sorprendido, entonces confundido, el guardia batalló con sus emociones. “Ven conmigo,” él bondadosamente dijo a Berta.

El oficial mayor no pudo creer al guardia y furiosamente entró al cuartel para preguntar a los soldados. Cuando regresó su cara mostraba perplejidad y confusión. Y mirando a doña Berta, con respeto y admiración dijo: “Verdaderamente tu Dios te ha protegido. Regresa a tu casa, Mujer Valiente, tú estás libre.”

“VIVIR ES CRISTO”

Nota: Para proteger a la mujer de esta historia se le ha dado un nombre ficticio.

- Tomado de la revista “Live” (Viva)